

- Arriba, levántate. – Las contraventanas se abrieron de par en par dejando entrar la luz de la mañana.
- Pero abuela, es muy temprano. – Contestó Jaime somnoliento.
- Has quedado con tu abuelo, así que arriba. ¿Es que no te acuerdas?

El adolescente se levantó despeinado y a regañadientes, llevaba cuatro días en el pueblo y ya no sabía qué hacer para salir de la apatía de la que era preso. A pesar de que en verano llegaba más gente, no había nadie de su edad y se aburría soberanamente sin sus amigos y sin los interminables canales de televisión que tenía en su casa. Sus padres se habían ido de vacaciones y, por primera vez, le habían dejado con sus abuelos a los que no veía desde por lo menos el último funeral o boda. Se asomó a la ventana y el aire fresco de la montaña le hizo estremecerse, aunque era pleno Julio el bosque y las cumbres siempre provocaban una brisa fresca que era más notable por las mañanas o por las noches. Desayunó rápido y se aseó en el cuarto de baño del piso inferior, en una palangana que hacía las veces de lavabo. Se vistió rápido, las gruesas paredes de la casa familiar hacían que el ambiente fuese siempre frío independientemente de la estación. A veces se preguntaba cómo era posible vivir como lo hacían sus abuelos.

Manuel estaba esperando cuando salió, había preparado una especie de bandolera de cuero con algo de comida, agua y su inseparable bota de vino.

- ¿Dónde vamos abuelo? – Preguntó Jaime desanimado.

El viejo le miró un segundo desde sus ojos rodeados de surcos, una sonrisa asomó a sus labios, sabía que la curiosidad era el primer paso para sembrar el interés.

- Vamos a buscar al lobo – Dejó la contestación en aire, a sabiendas de que esto provocaría incredulidad en su nieto.
- Mi padre me ha dicho que ya no quedan, que los mataron a todos.

El anciano seguía preparando la bolsa sin inmutarse.

- Si tu padre lo dice, por algo será. Vámonos, he quedado en el cerro Martín con un grupo de turistas que quieren fotografiar a la manada.

Sin esperar a Jaime comenzó a andar, su nieto reaccionó siguiendo sus pasos a una distancia prudencial, como si todavía no se hubiese despertado del todo y no estuviese dispuesto a claudicar ante los deseos de un anciano al que no parecía importarle la compañía del muchacho. Atravesaron el pueblo con su mayoría de casas abandonadas. Algunas habían sido rehabilitadas recientemente y, eran las menos, las que continuaban ocupadas por sus moradores originales. Las calles sin asfaltar, polvorientas y empinadas, conducían directamente al bosque que había surtido, durante siglos, de lo elemental para vivir en la zona. Todo el entorno tenía un aire deprimente, como de abandono y dejadez que sumía a Jaime en una especie de desazón a la que no estaba acostumbrado. Pasaron por la ermita y por los establos donde todavía se reunía el ganado en invierno, el olor era fuerte y penetraba los pulmones invadiéndolos sin remisión. Caminaban a paso firme, por la vereda rodeada de vegetación y sombreada por los robles y castaños de tamaño descomunal que parecían llevar toda la eternidad siendo testigos de la vida de la comarca.

Manuel iba sonriente, parecía muy feliz. - ¿Qué pasa abuelo? ¿Cómo es que estás tan contento hoy? – Preguntó Jaime intrigado puesto que pocas eran las veces en las que había visto al anciano sonreír.

- Estoy contento porque estás conmigo aquí. Ya no se ven mozos de tu edad por el pueblo, todos se fueron hace años a la ciudad.
- Pero he visto que están arreglando casas y que está viniendo gente a pasar el verano.

- Parece que poco a poco están empezando a volver. Al principio eran hijos de los que siempre hemos estado por aquí, aunque ahora sí que vienen algunos jóvenes.
- No sé qué es lo que pueden estar buscando aquí.
- Pues todo. – El viejo abrió los brazos parándose un segundo, como abarcando lo que tenía alrededor. Jaime no sabía a qué se refería, aunque tenía la sospecha de que hacía alusión al bosque y la montaña.
- También estoy contento porque han vuelto los lobos y eso será bueno para la zona, vendrán turistas y gente interesada en la naturaleza.
- ¿Tú los has visto?
- Por supuesto, aunque hacía muchos años que no se les veía. La última vez tendría dos o tres años más que tú.
- ¿Dónde los viste?
- Pues en el lugar al que te llevo, cerca del Pico Cabrero.
- ¿Te asustaste cuando los viste?
- Más bien fue al revés, fueron ellos los que se asustaron. – El anciano entrecerró los ojos, rememorando algo muy lejano que se removía en su mente.

Manuel avanzaba con agilidad por la pista, todavía vestía con pantalones cortos que le proporcionaban más movilidad. Tras él, un grupo de mayores del pueblo le seguían inquietos con sus rifles a punto. Había contado que había visto a la manada cerca del Pico, en el pueblo no habían tardado en organizar una batida para defender el ganado. Don Roberto, incluso, había dicho que daría diez pesetas al que matase a un lobo y trajese su piel. Manuel los había visto de casualidad, con unos amigos después de llevar el ganado a pastar, como él era el mayor de todos le habían dejado acompañarles, más que nada para que indicase el lugar donde se escondían las bestias. El resto de niños se había quedado en casa, con las mujeres, había una especie de temor y reverencia casi religiosa en torno al animal que querían cazar.

El grupo que le seguía era de cinco adultos, entre ellos estaban el boticario y el alcalde que a última hora se habían unido a la batida. Hacía años que no se veían por la zona y el tema se había convertido en la comidilla de los últimos días, todas las conversaciones giraban en torno a la manada de seis o siete animales que habían visto los más jóvenes del pueblo. Como de costumbre, se organizó la cacería, a pesar de que en esta ocasión no había aparecido ninguna oveja o vaca muerta. Se había convertido en una especie de pasatiempo que rompería la monotonía de los días en los que poco o nada había que hacer, el ganado estaba suelto por el monte y los días pasaban lentos durante el verano.

Salieron del bosque, llegando al cerro Martín, a partir de ese punto según se iba ascendiendo iba disminuyendo la cantidad de árboles. Manuel sabía que los animales solían estar a bastante altitud, lejos de las zonas de pastoreo y de los árboles donde se recoge leña para la lumbre. Según ascendían, el camino se hacía más empinado y pedregoso, el ambiente cambiaba rápidamente y la falta de vegetación restaba humedad a la zona. Eran pocas las veces en las que iba tan lejos, normalmente, cuando tenían un

rato libre se bañaban en la alberca del río o se acercaban al pueblo cercano donde se podían comprar dulces en el bar de la plaza. Se sentía importante, integrado con los adultos que le habían hecho un hueco entre ellos. Todos eran robustos y, a ojos del joven, enormes, con sus manos recias y torsos abultados. Hicieron una pausa y sacaron queso y cecina, también una bota de vino que compartieron con Manuel. Bromeaban y disfrutaban del camino, el chaval estaba henchido de orgullo, nunca había estado compartiendo el mundo de sus mayores. Llevaba un tiempo en el que él era el más adulto de la pandilla y, por vez primera, tenía la impresión de pertenecer al mundo de los hombres.

Continuaron ascendiendo. Hizo lo que le habían dicho nada más salir: avisar de que se acercaban a la zona donde había visto a los animales. Los adultos cambiaron el rostro, se pusieron serios y dejaron las bromas y las conversaciones, el boticario apagó el cigarro de picadura que llevaba y pararon un instante para dejar las bolsas tras una roca. Comprobaron las armas, cargaron y con semblante hierático continuaron la marcha tras advertir a Manuel que hiciese el menor ruido posible. Coronaron el Pico y bajaron por el valle, iban lentamente, ocultándose en la escasa maleza y monte bajo que había cerca de la cumbre. El viento soplaba contra ellos y era favorable para la caza, no delataría su posición antes de su llegada. Siguieron el curso de un arroyo que nacía en la ladera, más abajo formaba una charca en la que esperaban encontrar a los lobos. Se acomodaron a poco más de treinta metros del remanso, sobre un promontorio que les daba una buena visión de la zona. Se limitaron a esperar un tiempo que al joven se le hizo eterno. Fue un período indeterminado, dilatado y pesado durante el que nadie dijo nada, sólo alguna palabra suelta que no puede ser considerada como una conversación. No estaban preparados para pasar la noche, pero habían comentado que si se hacía necesario se acurrucarían y esperarían hasta que tuviesen a toda la manada a tiro.

Cuando el día parecía a punto de extinguirse, un gesto de uno de los hombres llamó la atención del resto. Había aparecido un macho, grande y flaco por la carencia de presas. Olfateaba el aire, buscaba algún peligro que impidiese al resto acercarse, se movía nervioso adelante y atrás, con la inseguridad de un animal salvaje. Volvió sobre sus pasos, trotando majestuoso. Manuel nunca había visto un lobo tan cercano, los había observado de lejos, delatando su posición y provocando que huyesen despavoridos. Le dio la impresión de que no volvería, pero el resto estaba esperando, apuntando a la zona por la que había desaparecido. Sin aviso apareció toda la manada, había otro macho más y cuatro hembras de menor tamaño, dos lobatos acompañaban a una de las lobas. Con la luz del atardecer su pelaje había adquirido un tono amarillento, prácticamente pardo que cautivó a Manuel. Los adultos apretaban los dientes, esperaban el momento justo para hacer fuego, tensionados, tumbados sobre el incómodo suelo lleno de pedruscos que se clavaban por todo el cuerpo. La manada se acercaba al agua, el macho volvió a olisquear el aire y comenzó a beber, el resto hizo lo mismo avisado por los gestos del líder que les dirigía. Se habían reunido, estaban juntos, ajenos a los ojos que observaban sus movimientos. Manuel estaba fascinado por su belleza, por la fortaleza que se intuía bajo la gruesa piel.

Sonó un disparo, acompañado rápidamente de varias detonaciones más. La manada no fue capaz de huir, cayeron fulminados bajo los tiros de los cazadores. Cuando se acercaron sólo uno de los lobatos estaba con vida, temblaba acurrucado junto al cadáver de una de las hembras. Los despellejaron y los dejaron allí tirados, esa noche Manuel lloró amargamente culpándose por lo que había sucedido. Aunque volvió con regularidad a la zona, tuvieron que pasar decenas de años hasta que volvió a ver un lobo por la Sierra.

Quedaba poco para llegar al cerro, el anciano parecía agotado y paró un instante a beber de la bota que llevaba al hombro. Habían salido del bosque y el día, aunque dominado por la brisa de la montaña, era caluroso. Se enjuagó el sudor y le pasó el vino a su nieto, éste miró sorprendido a su abuelo buscando su aprobación. Con un gesto firme insistió, Jaime dio un trago largo atragantándose ligeramente. En la boca del viejo volvió a asomar una sonrisa, los recuerdos se agolpaban en su cabeza. Reanudaron la marcha y el anciano se encogió sobre sí mismo gruñendo del dolor, se llevó las manos al estómago y tuvo que sentarse en el suelo. Jaime observaba sin saber qué hacer, sus trece años no le daban capacidad de reacción.

- ¿Qué pasa abuelo? – Preguntó alarmado.
- No es nada, en seguida se me pasa – El anciano intentaba levantarse pero le faltaba fuerza, el joven se acercó y le cogió por los brazos.
- ¿Quieres que vuelva al pueblo a por ayuda? – El rostro de Jaime denotaba la preocupación de una situación para la que no estaba preparado.
- Dame un segundo – Manuel se debatía sujetándose con las manos el estómago – El médico me ha dicho que todavía me queda tiempo, no te preocupes, en seguida estoy bien – Jaime miraba descompuesto. Tras unos instantes el viejo se levantó. – Ya está, podemos seguir.
- Abuelo, deberías ir a que te viese alguien, esto no es normal.
- No te preocupes, sé lo que tengo y se me agota la vida. Es ley de vida que pasen estas cosas.
- Pero qué es lo que tienes.
- Me muero. Así de simple, ya hablaremos de esto, que ahora nos están esperando.

Jaime se quedó abatido sin saber qué decir, continuó caminando junto a Manuel que había recuperado el ritmo de la caminata.

Al llegar al cerro, un grupo de cinco personas esperaba. Eran dos parejas y un hombre que las acompañaba, todos iban pertrechados con ropa de montaña, gorras, bastones de aluminio y cámaras de fotos de objetivos larguísimos. Se saludaron cordialmente y continuaron la marcha, subieron el Pico y descendieron por la otra cara, siguiendo el riachuelo que terminaba en la poza donde se acumulaba el curso.

Todos, salvo el anciano estaban presa de una extraña excitación, habían preguntado decenas de veces si podrían ver a los lobos, si serían capaces de fotografiarlos. Manuel contestaba con evasivas, decía que eran animales muy precavidos y que cualquier sonido u olor que desprendiesen provocaría que fuese imposible vislumbrarlos. Cerca del remanso hicieron una pausa, el anciano les advirtió de que era necesario que guardasen silencio y que hiciesen los menos movimientos posibles para conseguir ver a la manada. Les explicó que esa zona era donde solían alimentarse y beber, les comentó que la recuperación de la zona había traído consigo presas que servían de alimento a grandes depredadores como el lobo. Todos atendían mientras Manuel hablaba, Jaime se sentía orgulloso, nunca había visto a su abuelo hablar en público, disfrutando como lo estaba haciendo. Se notaba que había estudiado, que alguien le había asesorado y comentaba como, a pesar de los esfuerzos de la administración y de los pueblos de la zona, la recuperación del lobo era lenta. Los excursionistas no dejaban de prestarle atención, asistían impertérritos a las instrucciones que vertía el viejo. Cuando hubo terminado, después de contestar a algunas de las preguntas que surgieron, buscaron un observatorio desde el que otear la zona.

Esperaron toda la mañana sin que nada sucediese, ningún animal se acercó al abrevadero. Cierta desilusión había invadido al grupo que había dejado de observar el

lugar con sus prismáticos, no se cruzaban ninguna palabra mientras se les escapaba la esperanza de contemplar lo que habían ido a buscar. Sólo el viejo continuaba la búsqueda, con la mano haciendo las veces de visera miraba una y otra vez en la dirección en la que tantos años atrás había aparecido el gran lobo al que había provocado la muerte.

Comieron en una loma, alejándose ligeramente de la zona para evitar que el olor de la comida y las conversaciones, que seguramente se producirían, pusiesen en alerta a los animales. Volvieron con ilusiones renovadas, se acomodaron y continuaron esperando la aparición de los lobos. Súbitamente Manuel se aplastó contra el suelo, hizo una señal para que todo el grupo hiciese lo mismo. La figura de un gran lobo se recortó contra la luz que pegaba en una colina, alguno de los presentes no pudo evitar un sonido de sorpresa y admiración. El animal hociqueó a su alrededor, levantaba la cabeza buscando el rastro que pusiese el peligro al resto de la manada, se movió en círculos y volvió sobre sus pasos. Al instante aparecieron siete animales más, todos esplendorosos, como dotados de un aire solemne. Sus pelajes grises brillaban por la luz que incidía sobre ellos, se acercaron a la charca y comenzaron a beber. Estaban tranquilos, sin percatarse de la presencia de las personas que observaban camuflados. Jaime espiaba extasiado, cuando por la mañana le había despertado su abuela no podría haber imaginado que sería testigo de la escena que tenía delante. El único que no miraba a la manada era Manuel, estaba más pendiente de su nieto, disfrutando de la atención que mostraba el chaval ante los lobos. El sol incidía en la cara del adolescente, al viejo se le antojó que ese mozo era una prolongación de sí mismo, alguien todavía puro y no contaminado por el mundo de los adultos. Estaba terriblemente satisfecho.

Se escucharon los preparativos de las cámaras, se cambiaron objetivos y se comprobaron rápidamente la luz y las condiciones. Todos estaban pegados a la tierra,

apuntando hacia la manada que tranquilamente se movía alrededor del agua. De repente sonó un disparo, un sonido casi imperceptible que fue seguido por innumerables aperturas de diafragma, las cámaras recogían una y otra vez la escena sin que los animales se percatasen.

El rostro tostado de Manuel se iluminó, las arrugas se agudizaron por la sonrisa que deformó sus labios. Era la primera vez que se alegraba tanto de escuchar unos disparos.